

REFLEXIONES SOBRE EL PROBLEMA HOMOSEXUAL

E.
MIRET
MAGDA
LENA

CON el título "El problema homosexual" acaba de publicar un interesante libro la editorial Taurus, escrito por el médico y sacerdote francés Marc Oraison, especializado en temas de sexualidad.

Marc Oraison es un heterosexual que se interesa por las minorías marginadas de la sociedad. Y una de estas minorías es la de los homosexuales. Ha habido civilizaciones —ahí está el mundo griego— que han asimilado este fenómeno orientándolo con mayor o menor fortuna. Nuestra civilización occidental, hasta hace bien poco, se inhibía de este problema, o, lo que es peor, lo perseguía como si en la mayoría de los casos fuese una perversión asocial.

Como heterosexual y cristiano, la lectura de este libro me ha hecho reflexionar cuidadosamente, a pesar de tratarse de una obra sencilla, escrita sin pretensiones, pero, eso sí, redactada con sinceridad evangélica.

Yo conocía este tema desde hace unos años, pero me había limitado a una ligera mirada sobre el mismo. Ahora me preocupa y creo que —después del ineficaz y reciente Documento romano sobre la sexualidad— es preciso tomar conciencia del mismo. No sólo como un fenómeno extraño a nuestras tierras, sino también como algo que existe en el país.

Se han hecho estimaciones aproximadas en Europa y fuera de ella, llegando Marc Oraison a la conclusión de que el 7 por 100 de la población es homosexual.

La cosa es importante, y para que caigamos en la cuenta de ello Marc Oraison hace una sencilla reflexión numérica. El 14 de julio, con motivo de la gran conmemoración francesa, desfilaron por la plaza de la Bastilla 15.000 soldados, y contemplando la parada militar había 300.000 espectadores. ¿Hemos pensado acaso que entre estos asistentes al acto habría 21.000 homosexuales? ¿Nos hemos percatado del fenómeno, o creemos que este asunto se halla escondido en barrios extraños o entre personas que viven fuera del tráfico cotidiano?

Quizá —como piensa con razón Oraison— esta simple observación numérica nos ayude a cambiar de mentalidad.

Y el primer resultado, según él, será caer en la cuenta de que "ser homosexual no pertenece al orden moral". Es un hecho que está ahí sin más, y que hemos de analizar sin connotaciones apasionadas. El fenómeno humano de la homosexualidad, las tendencias que llevan a ella, en sí mismas consideradas, no son nada más que eso: un hecho. Y antes de valorar moralmente sus consecuencias, hemos de percatarnos de él, sin calificarlo por lo que después ocurra. Lo que

se deriva de este impulso es posterior al hecho, y es lo que puede o no ser moral. La homosexualidad, como tendencia, es algo de orden factual, por eso no puede ser una "falta", ni un "pecado", ni un "vicio", como observa con razón Oraison.

¿Es entonces una herencia ineluctable y fatal, inscrita en nuestra biología?

No, porque la ciencia actual llega a estas dos conclusiones: 1) "no se ha podido aportar ninguna prueba de que la tendencia homosexual se halle inscrita como tal en el capital genético inicial", no es algo heredado o producto de una combinación cromosómica; 2) "tampoco se puede ofrecer ninguna prueba de que la tendencia homosexual se halle en relación con un desequilibrio hormonal preciso". Estas afirmaciones de Oraison fueron también confirmadas por el profesor Klotz: "Los homosexuales —dice— no son diferentes genéticamente". Y "los endocrinólogos están casi unánimes en rechazar la hipótesis de que la homosexualidad sea de origen endocrino". ¿Y en el cerebro?, ¿existe alguna diferencia en el homosexual? Se ha estudiado el hipotálamo y se ha averiguado —según el profesor Klotz— que la posible diferencia de funcionamiento del mismo "no parece innata, sino adquirida". Esta es la realidad.

El psiquiatra católico Marcel Eck publicó también otro interesante libro con el título un poco espectacular "Sodoma" en la editorial Herder. En él proporciona unos datos algo más elevados que Oraison. Piensa que la homosexualidad afecta al 10 por 100 de la Humanidad. En cambio, "la tuberculosis, antes de su tratamiento específico, no afectaba a más del 7 por 100 de la población y la proporción de enfermos de cáncer no sobrepasaba el 3 por 100; el infarto de miocardio, la leucemia y los accidentes de circulación presentan porcentajes inferiores". Ante estas cifras comparativas hemos de caer todavía mejor en la cuenta de que el problema debía preocupar mucho más a los habitantes del mundo actual que estas otras cuestiones médicas que, sin embargo, han producido siempre fuerte impresión y son objeto constante de comentarios en la prensa y de estudios por especialistas. ¿Por qué no se hace lo mismo con la homosexualidad, si su importancia es superior a la de todos estos otros fenómenos?

Gide, el famoso novelista homosexual, batió sus armas para que el mundo francés conociera el problema y no cerrase los ojos ante él. Su acción —sobre todo a través de su novela Corydon— fue muy discutida, pero él se justificó siempre de haber sacado a la palestra este fenómeno

diciendo: "Esto existe y trato de explicar lo que es. Y como generalmente no quiere admitirse que existe, lo examino y trato de dilucidar si realmente es tan deplorable como se afirma". Estas frases de André Gide repercutieron de muy diferente manera en los oídos franceses; pero hay que reconocer que este literato fue uno de los pioneros contemporáneos que develaron lo que estaba hipócritamente oculto por la sociedad hace unos años.

El profesor Eck, buen conocedor del psicoanálisis, pone a punto la teoría de la bisexualidad que Freud desarrolló y que tan importante es para el estudio de la homosexualidad. No niega Eck que exista en todo ser humano una bisexualidad psíquica, sino lo que hace es combatir que esta bisexualidad sea biológica. Nuestro Marañón lo pensó también como Freud, pero hoy parece que no es así. La ambivalencia sexual que se presenta en la evolución psíquica del muchacho es más bien una "indecisión sexual", que puede ser decisiva a la hora de decidir la heterosexualidad suya. Pero Gillespie ha aclarado bien el fenómeno: "La noción de bisexualidad no se refiere a un hecho biológico fundamental, sino a una cierta plasticidad del individuo en cuanto a los papeles sociales que se le ofrecen". Se trataría de una bisexualidad psíquica en el ser humano, que puede ser decisiva en el proceso evolutivo de la adolescencia y de la juventud según las circunstancias que rodean este proceso. Y ahí es donde tienen importancia las interpretaciones freudianas sobre la homosexualidad.

¿Qué hacer ante todo ello? La Asociación Católica Holandesa de Salud Espiritual reunió hace unos años a psiquiatras, psicoanalistas, juristas, sexólogos y sacerdotes para tratar el problema, y llegó a la conclusión de que se debía enfrentar el asunto no sólo psicológicamente, sino pastoralmente, ya que "no existen todavía terapias eficaces". ¿Es entonces la homosexualidad una enfermedad o no lo es? Tendríamos que contestar a esta pregunta sin frases hechas ni simplismos, a la luz de una moral científica, y pienso hacerlo en breve. ■